

Rosi Braidotti (2022), *Feminismo posthumano*. Barcelona: Editorial Gedisa, 270 p.
ISBN: 9788418914768

El “Hombre” ha sido expulsado del centro que pretendía ocupar. Perdido, a la deriva, desorientado, ¿acaso no debería aprender de los que siempre han estado descentrados, de aquellos que nunca han sido del todo humanos? Con estas pocas palabras podríamos resumir algunas de las ideas más importantes expresadas por Rosi Braidotti en sus dos anteriores libros, ambos en torno a la cuestión del posthumanismo. La novedad es que esta vez el énfasis está puesto en otro de los hilos temáticos imprescindibles en la trayectoria de la autora ítalo-australiana: el feminismo. Así, utilizando de nuevo su reflexión sobre lo posthumano como brújula para orientarse en la situación actual, combinándolo, esta vez, de forma más enfática con su inestimable compromiso feminista, Braidotti consigue trazar una sugerente cartografía del presente que a la vez apunta hacia nuevos futuros posibles.

Para ello, desde la introducción a su último libro, *Feminismo posthumano*, Braidotti parte de una doble denuncia: de un lado, indicando cómo los estudios posthumanistas más reconocidos ignoran el feminismo contemporáneo, pese a su importancia como precursor del giro posthumano; por otro, señalando cómo el feminismo tampoco participa lo suficiente en los debates actuales sobre la convergencia posthumana. El propósito de Braidotti será, por tanto, el de reestablecer esta conexión perdida.

“Convergencia posthumana” es el término que ya había utilizado la autora en *El conocimiento posthumano* (2020) para describir nuestra situación histórica actual, marcada por el aumento de injusticias estructurales, la crisis climática y la redefinición de la condición humana por parte de las ciencias de la vida y las nuevas tecnologías. Es esta triple situación la que nos empuja hoy a revisar críticamente el fallido proyecto del Humanismo renacentista. Sin embargo, Braidotti nos recuerda, las primeras en hacerlo fueron precisamente las feministas y les activistas *queer* y antirracistas, es decir, aquellos que desde siempre han sufrido la condición de “descentradas”. Es aquí donde yace para Braidotti el potencial radicalmente subversivo del feminismo, en su esfuerzo por “crear visiones alternativas de «lo humano» generadas por personas históricamente excluidas de esa categoría” (p. 10).

¿Cómo producir un nuevo sujeto colectivo, condición imprescindible para construir futuros comunes más justos, ahora que el sujeto mayoritario ha sido destronado? Este es hoy el reto del feminismo posthumano, tal y como lo anuncia Braidotti: no colocar otro ideal normativo en este centro recientemente vaciado, sino construir un nuevo sujeto no unitario; reto que resuena a lo largo de todo el libro, como un *ritornelo*, a través de la siguiente fórmula: “«nosotras» no somos ni una ni la misma, pero estamos juntas en esto” (p. 15). ¿Cómo unirnos bajo un “nosotras” en el que a la vez se reconozcan nuestras diferencias como algo positivo?

Con esta pregunta en mente, el libro se divide en dos partes: un primer momento negativo, de crítica, seguido por un momento positivo, propositivo. La primera parte, centrada en lo que el feminismo posthumano quiere dejar atrás, comienza,

en el capítulo primero, recogiendo la crítica feminista tradicional al humanismo, por la que el ideal del “Hombre racional”, medida de todas las cosas, implicaría la exclusión de toda una serie de “otros” (sexualizados, racializados y naturalizados) del “Hombre”. El humanismo funciona, así, como un doble proceso de humanización y deshumanización. Pero es precisamente por su doble naturaleza que el feminismo no abandona del todo el proyecto humanista. Braidotti distingue bien su propuesta posthumanista de un antihumanismo ingenuo, por lo que destaca la importancia de las reapropiaciones del humanismo llevadas a cabo por el feminismo igualitarista. Por un lado, el feminismo posthumano se alía con el feminismo (neo)socialista en sus críticas al feminismo (neo)liberal. Este último, al poner el énfasis en el empoderamiento individual, contribuiría a la perpetuación e intensificación de las desigualdades producidas por el capitalismo. Sin embargo, el feminismo socialista comparte con el liberal la creencia en el “Hombre” como emblema universal de todos los humanos. Y es aquí donde descubrimos la importancia del feminismo posthumano en los debates feministas actuales, proponiéndose como una alternativa a esta oposición que, a juicio de Braidotti, no consigue escapar a los problemas del humanismo. Para ello, este se inspira en el feminismo negro y *queer*, ambos más propicios –sobre todo este último– a la experimentación con formas de construir cuerpos y sujetos alternativos.

El segundo capítulo profundiza en esta crítica al feminismo humanista, ya sea liberal o socialista, argumentando que ninguno tendría una comprensión adecuada del capitalismo contemporáneo, pues ignoran su giro biopolítico. Desconocen la forma en la que se capitaliza el conocimiento sobre los sistemas vivos y la capacidad generadora y autoorganizativa de la materia. He aquí la clave, que se repite a lo largo de todo el libro, para entender el giro posthumano: este doble gesto esquizoide de desmaterialización, por una parte, ya que lo que se produce son datos e información, y, por otra, de rematerialización de todos los cuerpos, sometidos de forma cada vez más intensa a brutales condiciones de explotación. Pese a su aparente oposición, según afirma Braidotti, ninguno de estos procesos es entendible sin el otro, lo cual representa una gran dificultad para la interpretación. Mas es aquí donde Braidotti demuestra su admirable gusto por las *nuances*, propio de los mejores filósofos.

Ya se han podido adivinar hasta aquí la mayoría de las ideas claves del feminismo posthumano, desarrolladas más explícitamente a partir del tercer capítulo, donde se revisa críticamente el legado del ecofeminismo. Este es fundamental para el posthumanismo de Braidotti en tanto que extiende las críticas del humanismo al ámbito de la vida en su conjunto. Descubriendo una lógica imbricada de dominación, la emancipación de la mujer y de los sujetos racializados se conecta con la emancipación de todos los “otros” naturalizados del “Hombre”, especies no humanas incluidas. Lo que debe ser liberado del dominio humanista es la vida en general, una vida que existe en un continuo natural-cultural y que nada sabe de los dualismos propios de la razón occidental, esos en los que también se basa el método socio-constructivista más popular entre las feministas. De aquí la sugerente propuesta de un “igualitarismo zoocentrado” que Braidotti ya había defendido antes y del que se deduce una ética afirmativa de cuidado y solidaridad interespecies, superando el moralismo universalizante de los derechos humanos.

En este mismo capítulo, Braidotti recupera también ciertas epistemologías indígenas, introduciendo así, relacionándolas con el perspectivismo materialista de Deleuze, una ontología relacional como fundamento de toda su filosofía posthumana.

No se trata de negar las diferencias entre especies, pero tampoco de situar la diferencia en la división entre la especie humana y las demás. Las diferencias pasan a ser interiores a cada especie e individuo. Las relaciones no son secundarias respecto de la identidad, sino que son esenciales, son vínculos transformadores que definen la naturaleza de sus componentes: “todo ser es relacional y existe no en-sí-mismo, sino como semejante y ser-con-otros” (p. 109).

Entrando ya en la segunda parte del libro, centrada en el feminismo posthumano como creación, Braidotti asume, frente a la deconstrucción y al giro lingüístico, un enfoque neomaterialista y empirista. Postula que la materia, vital y autoorganizada, no puede reducirse a una construcción social. Es urgente asumir este materialismo, argumenta Braidotti junta a otras feministas, para enfrentarnos al doble marco de la convergencia posthumana, marcado por la crisis ambiental y las implicaciones de las nuevas tecnologías. He aquí una de las tesis fundamentales de Braidotti: la materia es vital y autopoietica; conclusión a la que han llegado muchas inspirándose en la bióloga Lynn Margulis, que describe la capacidad de organismos diversos para combinarse para producir organismos nuevos. “La naturaleza no está compuesta por individuos que compiten entre ellos, sino por comunidades autoorganizadas interdependientes; «colectivos de pensamiento» que son capaces de tomar decisiones” (p. 140).

Tras revisar el ecofeminismo, Braidotti lo confronta con el ciberfeminismo, volviendo sobre el doble movimiento esquizoide de des/renaturalización propio de la convergencia posthumana. Mientras que distintas corrientes del feminismo ponen el énfasis en uno u otro polo del proceso, el feminismo posthumano no opone estas tendencias, sino que se propone, haciéndose de nuevo cargo de la complejidad del presente, como punto medio crítico entre la renaturalización reduccionista del cuerpo, propia del determinismo biológico, y la desnaturalización extrema impulsada por el tecnocapitalismo. La tecnología es comprendida aquí como una segunda naturaleza en el continuo natural-cultural que habitamos. No somos ni naturales ni culturales, sino ambos a la vez, ensamblajes zoe-geo-tecnologados.

Con lo que llegamos al capítulo sexto, donde se expone el concepto de “sexualidad” que, inspirado en el posestructuralismo francés, conforma desde sus inicios la obra de la filósofa australiana. Braidotti la define, además, echando mano de su espinosismo habitual, como lo que lleva a todo ser vivo a perseverar en su ser mediante actividades relacionales y colaborativas, afirmando su relacionalidad constitutiva en el placer de la interacción con los otros. Con este concepto, contribuyendo de nuevo al debate feminista, Braidotti se opone al sistema de género, que sostiene las ideas dominantes acerca de la sexualidad humana normal y deseable, siempre ligada a la reproducción y a la unidad familiar. El género es un aparato biopolítico históricamente situado que sirve para manejar la vida, reconduciendo la fuerza vital de los cuerpos para que sirvan al poder, optimizando sus capacidades explotables. La sexualidad es, en cambio, la fuerza que, irreductible a este sistema de codificación que trata de restringirla, hemos de movilizar para la producción de subjetividades posthumanas.

Por último, este deseo desbordante empuja a las feministas hacia la literatura, a crear ficciones que apunten a mundos nuevos y mejores. Este es el tema del séptimo y último capítulo: el feminismo especulativo como forma posthumana de activismo que moviliza la imaginación para concebir mundos alternativos a los que escapar de este planeta dominado por el “Hombre”. Lo posthumano es precisamente un buen ejemplo de figuración, tan literaria como filosófica, para pensar otros futuros posibles.

Braidotti logra así intervenir, a partir de pocas ideas clave que se van repitiendo a lo largo de todo el texto, en diversos debates fundamentales para el presente. En línea con sus trabajos anteriores, este último libro continúa empujando el pensamiento contemporáneo a dar un giro *neomaterialista*, colocándonos en una nueva perspectiva desde la que mirar y actuar sobre nuestro tiempo. A su vez, este logra establecer la conexión que Braidotti anunciaba al comienzo del libro entre posthumanismo y feminismo, aunque esta ya estuviese presente en sus anteriores trabajos y, por lo tanto, este último no sorprenda a aquel que conozca el pensamiento de la autora. Si Braidotti aporta aquí algo nuevo no son tanto los conceptos fundamentales que moviliza, sino las conexiones que establece entre distintas autoras y tradiciones del feminismo. Su estilo rizomático, sin una estructura lógica lineal, y su continua utilización del discurso indirecto libre, aunque por momentos pueda volverse tedioso y repetitivo, se adapta perfectamente a este objetivo.

Sebastián Perelman Wasilczuk
Universidad Complutense de Madrid
sebperel@ucm.es